

Pedro Arrupe, S.J. (1907-1991)

Luis José Guerrero Anaya

Hay muertes que acallan la tristeza porque son continuación de vidas luminosas. Pedro Arrupe, testigo de la bomba atómica en Hiroshima, provincial de los jesuitas en Japón, General de la Compañía de Jesús entre 1965 y 1983, afectado desde 1981 por una trombosis cerebral que le impedía hablar, murió el martes 5 de febrero de 1991.

Arrupe, sucesor 27 de San Ignacio, recordaba a este último casi sin remedio: vasco, de baja estatura, más allá de todo dogmatismo pero respetuoso de las instituciones, libre de toda atadura, dedicado por horas enteras a la oración.

Nació en Bilbao el 14 de noviembre de 1907. Fue el más pequeño y el único hombre de su familia. Perdió a su madre a los diez años y a su padre a los 18. Estudió medicina en Madrid, pero después de un viaje a Lourdes decidió ingresar en la Compañía de Jesús. Entró al noviciado de Loyola el 15 de enero de 1927.

En 1932 la República española decreta la expulsión de los jesuitas. Arrupe, junto con sus compañeros de estudio, va a Bélgica y luego a Estados Unidos a terminar la filosofía y la teología. Es ordenado sacerdote el 30 de julio de 1936.

Cuando estalla la bomba atómica en Hiroshima, el 6 de agosto de 1945, convierte al noviciado - del cual es superior y maestro- en hospital; al mismo tiempo, organiza un trío musical que recorre las calles para cantar y animar a la gente que ha sobrevivido a la terrible masacre.

El 22 de mayo de 1965, la Congregación General XXXI, asamblea máxima de los jesuitas, lo elige General de la Compañía de Jesús. México ya conocía a este hombre jovial, amable, platicador, pues cuando era Provincial de Japón viajó varias veces hasta acá para pedir ayuda espiritual y, como era muy práctico, también financiera.

Arrupe era comunicativo, le gustaba hablar, dialogar, charlar. Cuando vino a México en 1972, ya como General, dejó dos volúmenes de conferencias de prensa, alocuciones, homilías; sin embargo, decía que "el mundo está saturado de palabras y de discursos. Lo que quiere son hechos." Y lo cumplió.

Mientras fue General, la Compañía de Jesús cambió radicalmente: los noviciados y la formación de los jesuitas salieron de su aislamiento y se instalaron en barrios populares, universidades y unidades habitacionales; los colegios dedicaron sus esfuerzos a "formar hombres para los demás" y algunos -cuyo cambio era casi imposible- fueron clausurados; el diálogo, la consulta y la mutua comunicación se establecieron como método de gobierno de una orden religiosa que siempre se había caracterizado por la estricta obediencia. Quizá el cambio más importante fue que la Compañía entera (en la Congregación General XXXII, celebrada en 1974), decidió que su misión en estos tiempos era "el servicio de la fe y la promoción de la justicia".

Esta opción llevó y sigue llevando a muchos jesuitas al marti-

rio, puso en conflicto la vocación religiosa de otros tantos, provocó innumerables críticas dentro y fuera de la Iglesia. Arrupe, en medio de la tempestad y las dificultades que traía el cambio de rumbo, nunca dejó ni la sonrisa ni la libertad; tampoco su profunda fe en Dios, en Jesucristo y en la Iglesia.

Cuando en 1981 la enfermedad le impuso el silencio, siguió dando testimonio de esperanza y amor, pues como él mismo lo dijo -a través de sus asistentes- en su mensaje al presentar su renuncia como General:

Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios. Eso es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y es también lo único que sigo queriendo ahora. Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia.

